
Nota crítica sobre el análisis de las clases sociales propuesto por N. Poulantzas

J. Bidet*

N. Poulantzas, quien nos ha propuesto tantas observaciones interesantes sobre las cuestiones en discusión en el marxismo actual y particularmente sobre la cuestión del Estado, tiene tropiezos en el análisis de las clases. No pudo deshacerse de los diversos enfoques empíricos que pretendía superar.

Nuestro análisis se limitará a una nueva lectura de la última parte de su libro *Les classes sociales dans le capitalisme aujourd'hui* (trad. en español de Aurelio Garzón del Camino: *Las clases sociales en el capitalismo actual*, 5a ed., Siglo XXI, México, 1980), dedicada a la "pequeña burguesía". Tomaremos pues los tres diferentes grupos que propone:

- ejecutivos (II)
- empleados y agentes del Estado (III)
- pequeña burguesía tradicional (IV).

Pero antes de seguir al autor paso a paso sobre estos tres puntos, quisiéramos mencionar una ausencia importante: la obra trata de todas las clases menos de una, la clase obrera. Sin embargo, esta última afirma su presencia determinante, N. Poulantzas indica efectivamente, que para él las "fronteras esenciales" (p. 196 de la traducción en español)** de la clase obrera son aquellas del "trabajo productivo, y dedica varias páginas a redefinir este concepto. Examinemos entonces en primer lugar (punto I) este problema introductorio, del cual N. Poulantzas hizo el punto principal de articulación entre la clase obrera y la pequeña burguesía.

* Traducción del francés de Jorge Rouvalis.

** Todas las citas subsiguientes del texto de Poulantzas se refieren a la traducción en español de A. Garzón del Camino, ya citada (nota del traductor).

I. Trabajo productivo y clase obrera

En este punto N. Poulantzas pretende “completar” la teoría de Marx (p. 201). Ya se sabe que este último distingue el “trabajo productivo en general”, es decir el trabajo en general en cuanto que se realice en un producto, es decir “un valor de uso, un material de la naturaleza adaptado a las necesidades humanas mediante un cambio de forma”;¹ y por otra parte, el “trabajo productivo” propio del modo de producción capitalista (MPC), que es el trabajo productor de plusvalor. A esta cuestión está dedicado un largo texto del *Capítulo inédito del Capital*² y de las *Teorías sobre el Plusvalor (tomo I)*. La idea esencial es que en este segundo sentido el contenido del trabajo (por ejemplo, el carácter perjudicial, o de lujo, o netamente inmaterial del producto), no debe ser considerado: es productivo en el marco del MPC todo trabajo que produce plusvalor. Marx toma el ejemplo de la cantante o del docente: asalariados directos de un capitalista, son por este hecho “productivos” en el sentido particular al MPC.

Concretamente, y para llegar rápidamente a lo esencial, yo diría que Marx hace de esta categoría de trabajo productivo un uso a la vez polémico y rigurosamente teórico, que nos remite a la contra-

¹ *El Capital*, T.I, traducción de Pedro Scaron, 10^a ed., Siglo XXI, México, 1981, p. 219. Las citas subsiguientes de *El Capital* se refieren a la traducción mencionada (nota del trad.)

² *Resultate des unmittelbaren Produktionsprozesses*, *Archiv Sozialistischer Literatur* 17, Verlag Neue Kritik, Frankfurt, 1969. Traducción francesa citada aquí, bajo el título *Un chapitre inédit du Capital*, Collection 10/18, 1971, pp. 224-40.

dicción central del MPC, contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción. Hay que comprender que se trata aquí de una contradicción relativa, es decir que determina efectos contradictorios. En el MPC, cuya lógica es la de la producción de plusvalor, el trabajo productivo, dice Marx, es el que produce plusvalor. Este carácter productivo no corresponde necesariamente a una verdadera utilidad social (lo que designa, desde los clásicos ya, la categoría de “riquezas”). En eso se distingue de la noción *general* de trabajo productivo, definida al principio de la tercera sección del Libro I de *El Capital*. Marx utiliza así la doble referencia de “productivo”, por una parte al valor de uso, por otra parte al plusvalor; de la diferencia de sentido proviene el lado polémico, de la relación dialéctica entre los dos se origina el significado teórico. El muestra que el MPC tiende a desarrollar la productividad o la fuerza productiva de las sociedades donde se instala. Basta con ver la demostración que abre la sección 4 del Libro I: a causa de su estructura de competencia, el MPC desarrolla el maquinismo y por ende la producción *material*, es decir el trabajo “productivo” en el sentido general. Lo anterior empero, dentro de una lógica de búsqueda exclusiva del beneficio, en este sentido es indiferente el carácter socialmente útil de la producción. Comprendemos así la *diferencia* entre las dos definiciones del “trabajo productivo” que Marx nos ofrece —una primera (GENERAL) y una segunda (ESPECIFICA DEL MPC)—, así como la relación muy particular que se establece entre las dos.³

Más aún, ello no está directamente explicado

³ Me permito remitir a mi estudio: “Travail productif et classes sociales”, *Cahiers du CERM*, no. 130, 1976, París.

por Marx (aunque, en mi opinión, la interpretación de los textos no deja ninguna duda) y que esta cuestión del trabajo productivo pudo aparecer en los años 70, bastante enredada, a tal grado que varios autores intentarían ofrecer diversas “mejoras”. Y eso que en el trasfondo se perfilaba, con todas sus implicaciones estratégicas, la cuestión de la definición de la clase obrera.

N. Poulantzas por su parte ha propuesto la siguiente modificación: “es trabajo productivo, en el MPC, el que produce plusvalor *al* reproducir directamente los *elementos materiales* que sirven de *sustrato* a la relación de explotación: *aquel, pues, que interviene directamente en la producción material produciendo valores de uso que aumentan las riquezas materiales*” (p. 201).

Quisiera mostrar que esta modificación inspirada en Ch. Bettelheim, y probablemente de la tradición del PC francés) contiene una serie de errores en cadena que conducen al resultado opuesto de lo que Marx trata de definir. N. Poulantzas efectúa una relación *sintética* entre las dos definiciones que Marx establecía en una relación dialéctica; y quita así su sentido al problema planteado. En efecto, él construye su categoría de trabajo productivo *combinando* la primera definición (GENERAL) con la segunda (ESPECIFICA) como si, para ser trabajador productivo en el MPC, fuera necesario acumular dos criterios: producir un resultado *material* + producir *plusvalor*. Todavía más, añade que existe entre las dos definiciones de Marx una especie de “cosustancialidad” (p. 204). Así, N. Poulantzas desconoce el carácter contradictorio de la relación que Marx tiene a la vista aquí, y, por otra parte, cae precisamente en el defecto que pretendía evitar: hace un uso clasificatorio de las categorías de *El Capital*.

Me parece que esta redefinición del “trabajo productivo” se basa en varias confusiones.

1a. Sobre la primera definición de Marx

Esta no define exclusivamente como “productivo” el trabajo que tiene como resultado “objetos” materiales (“riquezas”) por oposición a aquél que produce bienes inmateriales. Marx indica que la noción de producto puede extenderse a todo “valor de uso, hasta a cualquier resultado”.⁴ Dicho de otra manera, para Marx, es el trabajo en general el que es “productivo” en este primer sentido, puramente “abstracto”. Y será para oponerse a esta abstracción, que concierne bajo su forma más general toda “producción de valores de uso” que introduce en la sección III de *El Capital*, un concepto propio de la teoría del MPC, el de “trabajo productivo” de plusvalor.

2a. Sobre la relación entre las dos definiciones de Marx

Su relación no puede tener alguna “cosustancialidad”. Efectivamente, Marx no la ubica en el mismo plan. La primera pertenece a un discurso general sobre el trabajo en general. Un concepto así, no tiene un valor *directamente* operativo en el marco del materialismo histórico. En oposición al segundo concepto de trabajo productivo, es un elemento “abstracto”⁵ y no un concepto que pertenezca a la teoría del MPC (incluso si es necesario para su oposición). El segundo designa sencillamente, y en su manera más general, las relaciones de produc-

⁴ *Chapitre inédit du Capital*, p. 226; *Resultate. . . op. cit.*, p. 64.

⁵ *El Capital*, Siglo XXI, Ed. cit., p. 223.

ción capitalistas como productoras de plusvalor: “el trabajo productivo no es más que una expresión recogida para designar el conjunto de la relación y la manera como el obrero y el trabajo se presentan en el proceso de producción capitalista.”⁶

A primera vista podemos añadir que la tesis de N. Poulantzas podría basarse en un texto de las *Teorías sobre el plusvalor*,⁷ donde Marx presenta la idea de una “determinación segunda” del trabajo productivo en el MPC (*Nebenbestimmung*) y es precisamente el que se ejerce en la producción *material*. Pero este texto, que no es más que un inciso en el seno de un conjunto que define el trabajo productivo por la sola *estructura* plusvalor, independientemente del contenido (material o no) del trabajo, es perfectamente significativo. Lo que él define, en efecto, es la *tendencia*, la ley tendencial propia a esta estructura: el desarrollo de la producción material. Desarrollo, sí, pero *contradictorio*, que no se identifica con la “producción en general” o producción de “riquezas”. Lo que N. Poulantzas no percibió es el desfase estructura/tendencia, inherente a la categorización de Marx, elementos disímiles que no podrían ser transformados en criterios acumulativos, como lo hace la redefinición propuesta.

Las deducciones que N. Poulantzas hubiera querido sacar de este “complemento” de definición adquieren entonces un carácter inaceptable. Así, cuando escribe, p. 205-106: “la importancia de estas consideraciones radica en lo que permiten

⁶ *Théories sur la plus-value*, Tomo 1, p. 471.

⁷ Es sobre este texto que se basan por ejemplo los autores del *Traité d'économie marxiste*, Editions Sociales, Tomo 1 (hay trad. en español).



cuestionar las diversas ideologías concernientes al papel de ‘ciencia’ en el proceso de producción actual”. Excluyen sobre todo del trabajo productivo capitalista el conjunto de los agentes de la investigación y de la producción y difusión de información, por oposición a los ingenieros y técnicos que intervienen directamente en el proceso de trabajo material. Contrariamente a Marx, quien clasificaba entre los productivos a los cantantes, trovadores y profesores con la condición que fueran asalariados del capital, el autor considera como improductivos a los investigadores y técnicos de computación que trabajan en las empresas capitalistas. Igualmente a

los agentes del *software* y de ingeniería p. 207, demasiado lejos de la producción material.

En este asunto, el MPC manifiesta más bien su capacidad:

- 1) para integrar numerosos trabajadores intelectuales (investigadores) como asalariados de las empresas en la preparación y, por ende, en la producción de las *mercancías* materiales.
- 2) y a desarrollar sectores de *mercancía* inmaterial, trátase de servicios comerciales o de los que yo llamaría “inscripciones materiales” (patentes industriales, programas de computadoras).

Entonces, estas categorías corresponden completamente a lo que Marx entendía por “trabajo productivo” en el sentido ESPECIFICO del capitalismo. Y esta constatación contradice la tesis de N. Poulantzas quien identifica a los “trabajadores productivos” específicos del capitalismo con la “clase obrera”, al menos en el sentido que la tradición del movimiento obrero, sobre todo en Francia, da a este término.

La idea de N. Poulantzas era la de definir de una manera muy estricta al “trabajo productivo” para delimitar aproximadamente (con la excepción de los cuadros o ejecutivos, como se verá más adelante) a la clase obrera. Pero percibió mal la diferencia entre estos dos conceptos, de los cuales el primero designa simplemente “el explotado del Libro I”, el asalariado que produce mercancías (materiales o no), y el segundo que designa más específicamente el conjunto social que constituye el asalariado de la gran producción material capitalista sobre la base de las “circunstancias” (como lo dice Marx con una palabra tan justa) que se ligan a

las tendencias del MPC: su concentración, su relativa homogeneidad, su importancia económica, sus posibilidades estratégicas, que conforman el fundamento permanente y movedido de sus posibilidades de organización sindical y política.

II. Los ejecutivos y el “trabajo intelectual”

Partiendo de los análisis de Marx sobre el “trabajo productivo” definido como el que produce plusvalor, y en el cual ve el criterio de adscripción a la clase obrera, el autor empieza por enunciar la dificultad teórica ante la cual se halla: los ingenieros, los técnicos y los “vigilantes” parece que en su mayoría satisfacen este requisito. La dificultad se duplica cuando, basándose en un texto del *Capítulo inédito*, Poulantzas asocia las dos nociones de “trabajador productivo” y de “trabajador colectivo”. A este último, escribe Marx, pertenecen tanto “el director, el ingeniero, el técnico, el vigilante” como “el obrero manual” o el “simple auxiliar” y es aquel quien efectúa el trabajo “productivo”: “la actividad de esta fuerza de trabajo global está directamente consumida de manera productiva por el capital en su proceso de autovalorización”. El conjunto de estos trabajadores estarían entonces reunidos en la explotación indivisa de su fuerza de trabajo. Todas estas “determinaciones económicas” tienden entonces a inscribir a los ingenieros, técnicos y ejecutivos dentro de la clase obrera.

“Si no pertenecen, en su conjunto, a la clase obrera, —sigue N. Poulantzas— es porque, en su lugar en el interior de la división social del trabajo, realizan las relaciones políticas e ideológicas de subordinación de la clase obrera al capital (división trabajo manual/trabajo intelectual), y porque este



aspecto de su determinación de clase es el aspecto dominante.” (p. 224) “Así, como conjunto, los ingenieros y técnicos se encuentran siempre en una situación en la que disponen y controlan el trabajo de los productores directos”. (p. 227). Y el autor liga estrechamente estas “funciones de dominación política (ejercidas) sobre la clase obrera” (p. 252) a la división trabajo manual/trabajo intelectual (TM/TI). Pero su enfoque difiere del de Marx. En efecto, considera esta división bajo el ángulo de un “trabajo intelectual separado del trabajo manual”. Este “trabajo intelectual” definido así, por su misma separación del trabajo manual, comprende en

seguida todas las actividades de *management*, de vigilancia, de cuentas y de supervisión. Marx pensaba más bien en el desarrollo de un "trabajo manual sin ningún trabajo intelectual" es decir en la descalificación de una parte de los trabajadores como consecuencia de la introducción del maquinismo en las condiciones del modo de producción capitalista. Mostraba además que esta separación transforma las "potencias intelectuales" en "poder del capital" pero eso no se refería tanto, para él, al hecho de que la mecanización implica empleos "intelectuales" ("separados del trabajo manual", como dice N. Poulantzas), sino más bien al "deterioro" que sufre el obrero, siendo transformado en un simple elemento de la máquina, privado de toda actividad intelectual.

Es más, allá donde Marx ve un proceso, Poulantzas habla de una división en dos campos. En el "campo del TM": los obreros. En el "campo del TI"; los otros. Agrega que esta primera división tiende a "reproducirse" según un movimiento de inducción en el seno de cada campo (p. 228). El mismo concepto de separación TM/TI pierde así todo su sentido. El autor ubica así al obrero calificado "dentro del campo del TM", mientras que para el análisis marxista éste, puesto que ejerce un empleo calificado, constituye, de igual manera que el técnico, un tipo de unidad del TM y del TI, una negación de su separación, que se debe a diferentes "circunstancias que contrarrestan la ley", tal como las luchas obreras por una parte, y por la otra la necesidad efectiva de tales calificaciones para la acumulación de la ganancia capitalista. Si era necesario desde este estricto punto de vista, establecer una frontera, habría que hacerlo más bien alrededor de los empleos de obreros especializados y de peones, es decir en el seno de la clase obrera.

Pero el autor, identificando el corte TI/TM al corte de clase, establece la barrera entre los obreros calificados y los técnicos. "Los obreros calificados no ejercen en absoluto sobre los obreros especializados, ni éstos sobre los peones, la dirección y la vigilancia emparejadas con la legitimación del secreto del saber y de su monopolio, que los ingenieros y técnicos ejercen sobre el conjunto de la clase obrera" (228). Sin embargo no hay duda que en realidad los obreros, calificados o no, participan en su mayoría en los trabajos de control y vigilancia ("jefes de equipo", "reemplazantes", "controladores", guardianes, etc.) y pueden aparecer, frente al obrero especializado, como poseedores de un saber técnico, secreto por esencia para el que no lo posee. La clase obrera *stricto sensu* de la cual es teórico N. Poulantzas, no posee en absoluto la hermosa cohesión que él indica: el capitalismo lleva muy lejos, mucho más allá de los empleos "de bata blanca" tantas veces evocados en el libro, sus esfuerzos de control, por la sencilla razón que las más pequeñas responsabilidades técnicas encubren a menudo funciones, por más subalternas que sean, de organización y de control del trabajo, que remiten necesariamente a la política del capital.

Es allí donde aparece el defecto principal de este enfoque que hay que llamar, a pesar de las precauciones de su autor, "clasificador". Para él, en una sociedad de clase toda categoría social se encuentra estructuralmente y sin ambigüedad ordenada en una clase bien determinada. Para el autor, en efecto, esta "pertenencia de clase" parece una cosa tan simple como "encontrarse en un campo". Porque si bien concibe que los ingenieros, técnicos y ejecutivos (ITE) sean a la vez englobados en el proceso de explotación y parte activa de su realización, nos indica al mismo tiempo que uno de los

dos elementos debe necesariamente prevalecer sobre el otro para determinar la pertenencia de clase y que este elemento no puede ser otro que el lugar de los ITE dentro de las relaciones ideológicas y políticas en el seno de la empresa.

Ello plantea por lo menos tres preguntas.

1. ¿Por qué es necesario que un elemento sea “dominante” y baste para ubicar sin distinción a este conjunto de trabajadores productivos en otra clase? Sin embargo, podemos considerar que el análisis marxista no tiene como objetivo último reagrupar a los individuos y categorías en campos con barreras rigurosamente definidas, sino más ampliamente de ofrecer los conceptos que permitan pensar la práctica de los grupos, práctica que puede llevar el signo de la contradicción cada vez que las “determinaciones de clase” los solicitan en sentidos opuestos.

2. ¿Por qué es necesario que el elemento “dominante” esté constituido por las relaciones “ideológicas y políticas” más que por la situación de explotados que caracteriza, según el autor, al conjunto de los miembros del “trabajador colectivo”? La causa propuesta es que la “división social del trabajo” domina la “división técnica” (p. 208). Por medio de esta formulación, el autor piensa “esclarecer” el pensamiento de Marx y acabar con las “ambigüedades” que éste conlleva. En efecto, Marx indica únicamente que los trabajos de dirección y de vigilancia tienen una “naturaleza doble” y constituyen “por una parte” ese trabajo de conexión general, “trabajo productivo que debe efectuarse en cualquier modo de producción”, y “por otra parte” el instrumento del “consumo de la fuerza de trabajo por parte del capitalista” (*El Capital*, Tomo III, Vol. 7, pp. 490-491).

El autor propone acabar con la ambigüedad de pertenencia de clase que de ahí se deriva para algunas categorías, tomando en cuenta lo que él llama “la articulación de la división técnica y de la división social del trabajo, bajo la dominación de esta última” (p. 211). Pero allí confunde dos cosas bastante distintas. Por un lado la idea de que no existe división técnica del trabajo absolutamente neutra, es decir fundamentada sobre criterios exclusivamente técnicos, pero que se dialectiza sin cesar una doble determinación, la de los datos técnicos y la de la ganancia (que implica la lucha contra los trabajadores, la descalificación, la jerarquización, el secreto de la producción, etc.), de tal manera que los imperativos técnicos aparecen como sometidos a una subversión permanente por aquellos de la ganancia capitalista, en resumen no como neutros e independientes, sino *sometidos* a las relaciones de apropiación y de dominación capitalistas. Por otra parte, la idea que éstos serían más importantes que los primeros. Este deslizamiento se puede observar en la página 208. Tesis 2: “En la organización misma del proceso de trabajo, es la división social del trabajo, directamente dependiente de las relaciones de producción, la que *domina* la división técnica.” Tesis 4: “Si nos referimos ahora a los agentes que ocupan los lugares de las clases sociales, habrá de decirse que es la división social del trabajo en el seno del proceso de producción lo que *domina* (sic) su puesto en la división técnica del trabajo” (p. 209). Y el autor precisa a propósito de los “contra maestres y otros suboficiales de la producción”: “su función *principal* consiste en extraer plusvalor a los obreros” (p. 211-212). ¿Por qué causa “principal”? La respuesta la da la formulación que precede: a causa del “*predominio* de las relaciones políticas

de dirección y de vigilancia del proceso de trabajo” (p. 222). “Y lo que es más, realizan este trabajo de dirección y de vigilancia en la medida en que se encuentran investidos de funciones en relación con el saber”. (p. 222). Tal como los capataces “realizan las relaciones políticas e ideológicas de subordinación de la clase obrera al capital” y si este aspecto de su determinación de clase es “el aspecto dominante” (p. 224), eso ocurre por la misma razón “teórica” invocada líneas arriba: el “predominio” de la división social sobre la división técnica, forma particular de la tesis de la primacía de las relaciones de producción sobre las fuerzas productivas (tan poco marxista, sin esta forma general, como la tesis adversa, la de la primacía de las fuerzas productivas). La función de “dominación” de los ingenieros, técnicos y ejecutivos, es pues así su función “dominante”.

III. Empleados y agentes del Estado

El autor desarrolla después un análisis más amplio, que le va permitir incluir a los *empleados* en el campo del trabajo intelectual, al lado de los ITE y las burócratas: “la división TI/TM marca el conjunto de la nueva pequeña burguesía que se sitúa en esta división, y en relación a la clase obrera, DEL LADO o EN EL CAMPO DEL TI, ya sea de manera directa, ya sea de manera indirecta” (p. 233). Para ello, piensa apoyarse en Gramsci, “el único marxista occidental que ha profundizado la cuestión” (p. 234).

Insiste esencialmente en que el problema no se reduce al rol de la ciencia en la producción, puesto que por otra parte “el sujeto efectivo de la ciencia es, en último análisis, el propio trabajo manual, ya que la ciencia remite finalmente a la experiencia

acumulada por el trabajo manual” (p. 236). Esta nueva santificación del trabajo manual resultará muy grata a los obreros especializados, felices de enterarse que son mucho más portadores de “elementos de ciencia que la abrumadora mayoría” de los “nuevos pequeños burgueses” (pp. 236-237).

Es a partir de la categoría de “intelectuales” elaborada por Gramsci para denominar algunos grupos de agentes cuyo rol es importante “en el funcionamiento de las ideologías de clase” (p. 234) que de ahí en adelante Poulantzas va a plantear el problema, y no más a partir del análisis del trabajo industrial capitalista. Pero al mismo tiempo propone ampliar el concepto gramsciano ligándolo al principio de su “constitución” (p. 235) que no es otro, para él, que la división TI/TM, definida ella misma por “las relaciones ideológicas y políticas que marcan los puestos ocupados por los agentes” (p. 235), más que por el carácter intelectual o no de las tareas consideradas. Todo ocurre como si asistiéramos a una especie de “condensación onírica” de los conceptos de *El Capital* y de los que propone Gramsci. Volveremos más adelante sobre la naturaleza de estas misteriosas relaciones ideológicas y políticas”. Por el momento, señalaremos ya que bastan para ubicar en el “campo del TI” y en la categoría de intelectuales, el conjunto de los empleados del Estado, de los agentes de la salud, de los empleados de oficina y del comercio, y expresamente a los “vendedores y vendedoras de los grandes almacenes” (pp. 233-236). Es lo que el autor llama “una aproximación concreta de la realidad” (p. 235).

Recordemos de paso que la concepción de Gramsci es completamente diferente: lejos de tomar en cuenta la naturaleza “intelectual separada

del trabajo manual” de tal o cual empleo, se atiene únicamente a la consideración del *lugar* y de la *función* que ocupan en las relaciones sociales las diferentes “capas” de educadores, organizadores (etc. . .) y así excluye de la categoría de intelectuales a los simples *ejecutantes* de la administración y de las oficinas, es decir la gran mayoría de los encargados de la palabra y de las escrituras, mientras que en ella incluye al contrario, dadas sus actividades políticas y sindicales, al conjunto de los *militantes obreros*.

En realidad el autor confunde dos cosas relativamente distintas:

1. *La existencia de “funciones intelectuales”* que se han desarrollado históricamente con las sociedades de clases: funciones ideológicas, administrativas, luego técnicas y científicas, que participan en la dominación de clase y pueden volverse objeto de ásperas luchas. Por lo demás, la burguesía no logra hacer de sus agentes sus “intelectuales orgánicos” sólo hasta que resuelve algunas contradicciones. Por otra parte, veremos con qué subterfugios al autor infla artificialmente estas funciones “intelectuales” (vendedores, etc.).

2. *Un fenómeno que Marx ubica en el nivel de la producción* y que relaciona con el desarrollo del maquinismo en las condiciones del modo de producción capitalista: la descalificación y la parcelización de una parte de las tareas productivas y la concentración correlativa de las “potencias intelectuales” de la producción entre las manos del capital y de sus agentes. Este fenómeno “local” tiene evidentemente repercusiones y condiciones de existencia en el conjunto de la sociedad, sobre todo en el aparato escolar, pero no se confunde con los caracteres generales de una sociedad de clase mencio-

nados arriba. Este fenómeno local es por sí mismo complejo, puesto que una parte de la clase obrera al mismo tiempo aumenta su calificación y así, contradictoriamente se realizan nuevas formas de unidad entre TM y TI, que el autor no menciona, o que para él, significativamente sólo evocan la cuestión de la “aristocracia obrera” (p. 228). Evidentemente el problema es que estos dos fenómenos no son más que diferentes aspectos de una misma lucha de clases, de los cuales hay que marcar las complejas ligas. A este propósito podemos observar que las contradicciones que hacen no solamente que la clase obrera crezca numéricamente, en cohesión y en organización, sino que además en calificación y respecto a su nivel cultural —en pocas palabras que “se intelectualice”— constituyen la base de la emergencia de los “nuevos intelectuales orgánicos” de los cuales hablaba Gramsci. Pero N. Poulantzas tiende a identificar las dos cosas: para él la categoría de intelectual proviene de la separación TI/TM en general, y entiende la primera como “la división compleja (del TI) respecto del TM” (p. 235). Se trata para él de una tendencia, única, por cierto no limitada a los lugares de producción (¡claro está!), pero que marca el conjunto de la formación social capitalista. Proceso tendencial que “se reproduce” en cada uno de los dos campos (por ejemplo, la aristocracia obrera, separada de los obreros especializados) pero que establece sin embargo la “barrera fundamental” (p. 239) entre los dos campos.

Estamos muy lejos de los conceptos propuestos por Marx. Esta fusión de los dos aspectos relativamente distintos de la división TI/TM en un proceso único, nos lleva no solamente a un opacamiento de las características y desarrollo contradic-

torios propios a cada uno (sobre todo del fenómeno de calificación/descalificación) sino además a utilizar esta separación —en contradicción con los mejor establecidos principios marxistas— como el principal instrumento pertinente para el análisis de clase.

Queda por precisar bajo qué lógica los empleados entran en el “campo del TI”. La dificultad es enorme. Se entiende fácilmente que los ingenieros puedan ser designados como detentadores de saber y, con este argumento, como los agentes intelectuales de la producción capitalista. A pesar de que no faltan equívocos sobre este punto: sobre todo la formulación recurrente según la cual “ejercen poderes” (pp. 256-258). El ejercicio del poder ¿no será según “la teoría correcta” asunto de la clase dominante y no de las capas donde ésta recluta a sus agentes? Sin embargo, es a través de ellos y por la mediación de sus competencias que se ejerce en el seno de la producción el poder de la burguesía. Evidentemente no puede argüirse lo mismo de los “empleados”.

El autor introduce pues en este momento una nueva precisión. El trabajo de los empleados, como de todos los “pequeños burgueses” se concibe, ideológicamente, claro, como “trabajo noble”, basado en la “cultura general” (pp. 239-240). Ya se conoce esta dicotomía: Por una parte el “trabajo del amanuense”, relacionado a “cierto uso de la palabra”, a “vestirse de cierto modo en el trabajo mismo” (p. 239). “Este trabajo intelectual se halla investido de toda una serie de rituales, de usos sociales, de *savoir-faire*, de elementos *culturales*, que lo distinguen del de la clase obrera, es decir del trabajo productivo en el seno del proceso de trabajo material”. (p. 239). Del lado contrario: “el saber técnico (trabajo manual)” (p. 239).

El autor, ya nos queda claro, abandona aquí la base conceptual establecida por Marx, para quien la existencia de un verdadero “saber técnico” investido en el “trabajo manual” no constituía el indicio de la separación TI/TM/, sino su negación. Más concretamente, hizo a un lado el concepto: reproduce el discurso ideológico de la “conciencia pequeño-burguesa” o la que se supone ser tal, y hace de sus categorías —“trabajo noble/ trabajo técnico”— el principio último de distinción de clase, calificando esta “conciencia ideológica” de “relaciones sociales ideológicas”, puesto que según “la teoría correcta” la pertenencia de clase no puede ser establecida sino a partir del examen de las relaciones sociales”. Y, bajo la cobertura de esta fraseología marxista, ésta se encuentra finalmente determinada a partir de criterios culturales, relacionados, es cierto, a un lugar en el proceso de trabajo.

Para marcar la distinción entre las clases, habría podido basarse sobre el carácter “improductivo” del trabajo de los empleados. En efecto, menciona este punto. Sin embargo, éste no puede ser decisivo para él, porque de lo que se trata es de la unidad de clase de la “pequeña burguesía” y, según esta óptica, sólo pueden ser positivamente pertinentes los rasgos que convergen en esta unidad. La unidad de la “pequeña burguesía” no puede dejar de fundamentarse sobre la naturaleza de las relaciones de producción que caracterizan sus miembros, puesto que algunos son productivos (los ITE), otros asalariados improductivos del capital (empleados, etc.) o del Estado, pero únicamente sobre la naturaleza “intelectual” común (en el sentido propuesto por N. Poulantzas) de su actividad. Se adivina que la integración dentro de este conjunto de la “pequeña burguesía tradicional” (artesanos, comerciantes) planteará problemas difíciles.

Se entiende pues que en estas condiciones, la escuela sea, por lo menos para la "nueva pequeña burguesía", el "aparato ideológico dominante". Pero el autor no quiere decir con eso que ella tiende a reservar a una minoría los conocimientos, sobre todo científicos y técnicos, que el control de la producción implica: para él, en efecto "la capacitación del trabajo intelectual no corresponde en lo esencial a diferenciaciones reales entre los 'conocimientos' efectivos, requeridos para ocupar tal o cual puesto 'especializado'", sino "a la inculcación de una serie de rituales, de secretos y de simbolizaciones del orden entre otros de la 'cultura general', cuyo fin principal consiste en distinguirla (la 'nueva pequeña burguesía') del trabajo manual" (p. 249).

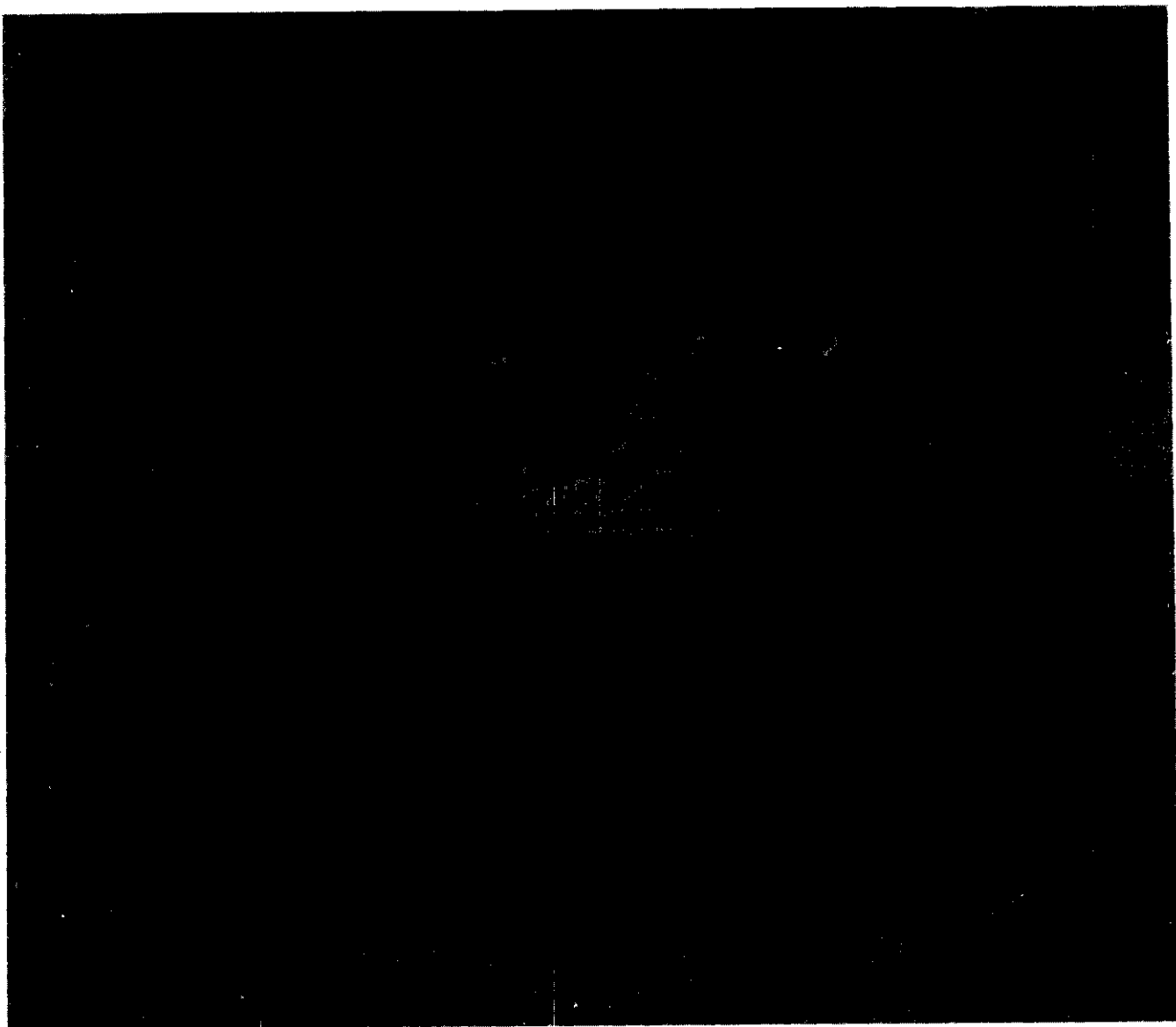
Por otra parte, sigue el autor, si la escuela es particularmente importante para los miembros de la "nueva pequeña burguesía" que ella distribuye en empleos diferenciados, no es lo mismo para los "agentes de las dos clases fundamentales" quienes "no son siquiera distribuidos en sentido literal por la escuela, o más bien lo son *permaneciendo en el mismo lugar*, como si estuvieran ligados a esos puestos, ya que la escuela consagra y legitima dicho vínculo" (p. 250). Hay que ver que "en cuanto a lo esencial" (p. 247) la enseñanza técnica inculca "la disciplina y el sentido de la autoridad" y no así el saber profesional. El autor, quien, contrariamente a lo que hacía Marx, identifica "trabajo manual" y "capacitación técnica", llega a magnificar las estructuras que capacitan a los funcionarios y empleados y a subestimar, recurriendo constantemente a la pareja de "lo esencial" y de "lo accesorio", todas las contradicciones que surgen para el sistema por la existencia de una enseñanza técnica,

incluso penetrada por la ideología burguesa. Consecuencia de esto, las luchas para la "democratización" (p. 271) de la escuela serán atribuidas a la ideología pequeño-burguesa.

Sin embargo, el autor partía de un lema teórico bastante justo: las clases no existen por sí mismas antes de la lucha de clases (p. 186). Pero hace falta constatar que esta exposición sobre "las clases sociales en el capitalismo actual" no menciona en absoluto esta lucha, por lo menos aquella de la clase obrera (excepto las acciones "antijerárquicas" y las "huelgas taponés"). Lo cual convierte al principio mencionado más arriba en un simple ornamento artificial de la argumentación.

Después de las "relaciones ideológicas", el autor trata las "relaciones políticas", "no siendo el trabajo intelectual otra cosa que la figura de la articulación estrecha de ambas" (p. 252).

Fuera de los ITE, los nuevos pequeño-burgueses no ejercen, a menos directamente, funciones de "dominación política sobre la propia clase obrera" (p. 252). Sin embargo, los empleados, aunque dependiendo de la dirección, hay que reconocerlo, se encuentran a menudo "asociados a la legitimación de los poderes que dicha dirección ejerce sobre los obreros" (p. 253). El autor cita a Lockwood: el "instruido" está asociado con la autoridad empresarial y "el obrero manual" los empareja sin dificultad. "El resultado de la cooperación entre la dirección (*management*) y estos empleados es el aislamiento social del empleado de oficina respecto del trabajador manual" (cita p. 253). Volvemos a encontrar aquí el mismo deslizamiento del concepto de "trabajo mecánico sin calificación", que propone Marx, a aquél de "trabajo intelectual separado del trabajo manual" (p. 254), que funcio-



na aquí como elemento pertinente de la diferenciación de clase, identificado como relación ideológica-política, y como "relación a la clase obrera". Lo mismo para "el cuerpo de los funcionarios". "Una gran parte de los agentes de los aparatos represivos e ideológicos de Estado (maestros, periodistas, trabajadores sociales, etc.) participan, así sea sólo como simples ejecutantes (. . .) en las tareas de inculcación ideológica y de represión política sobre las clases dominadas, y especialmente sobre la principal víctima, la propia clase obrera". (pp. 253-254).

Pero todo lo anterior no constituye lo esencial de estas "relaciones políticas". "El aspecto principal de esta cuestión depende de la interiorización y de la reproducción inducida, en el seno mismo de esta nueva pequeña burguesía, de las relaciones políticas dominantes de una formación social capitalista" (p. 254). El autor emplea en esta obra el término de "reproducción" en un sentido cuya novedad hubiera sido útil manifestar, en relación a la acepción marxista "tradicional". Este término, que designaba en *El Capital* el doble proceso de permanencia y de desarrollo histórico (contradictorio) de las relaciones capitalistas de producción, aquí designa un supuesto fenómeno de REDOBLAMIENTO a veces de la diferencia fundamental TI/TM en el interior de cada "campo", y a veces de la relación de *dominación* que existe entre las dos clases fundamentales en el interior de la clase intermedia bajo la forma de la *autoridad* jerárquica que separa sus diferentes estratos. En los dos casos, se trata de una retraducción debilitada, "efecto inducido" de la relación principal. Estos conceptos poseen seguramente algún valor descriptivo, tal como algunas de las categorías weberianas sobre las cuales

se basa el autor para caracterizar la burocracia: carácter impersonal de las funciones, sueldo fijo, reclutamiento con diploma en las diferentes categorías, secreto, centralismo y organización jerárquica. Sin embargo, ¿define todo ello, como lo entiende el autor, "el lugar de la nueva pequeña burguesía" en la sociedad capitalista actual? Dicho lugar se halla según él, en cuanto a lo esencial, caracterizado por esta *reproducción inducida*, ejerciendo sus agentes sobre ellos mismos, es decir *los unos sobre los otros*, relaciones políticas a imagen (desfigurada) de las relaciones de producción preponderantes en una formación social" (p. 254). Dicha burocratización afectaría no únicamente el aparato de Estado, sino "una gran mayoría de los asalariados no productivos" (p. 255) y constituiría la materialización de un "trabajo intelectual 'separado', en el sentido capitalista, del trabajo manual" (p. 256).

El autor contrapone pues al "despotismo de fábrica" (donde se ejerce sobre el obrero la pura "*dominación*" de la burguesía y de sus agentes, los ITE) el universo burocrático, que es el de la simple "*autoridad*" de los nuevos pequeñoburgueses los unos sobre los otros. Dicha dicotomía puede parecer muy esquemática. Y eso porque por una parte la gran producción industrial, administrada por computadora, está de alguna manera "burocratizada" en el sentido indicado anteriormente; y los obreros participan ellos mismos en relaciones "jerarquizadas" (sobre todo los jefes de equipo). Y por otra parte no se puede argüir que con referencia a los empleados y burócratas "se es a la vez el 'superior' y el 'inferior' de alguien" (p. 256) —y de ahí proviene el marcado sentimiento de la jerarquía— que al hacer el callejón sin salida de la in-

mensa mayoría de aquellos, maestros de primaria, carteros, vendedoras, mecanógrafas, etc. . . quienes no son el “superior” de nadie. Aquí está pues un elemento que cambia la naturaleza de estas “relaciones ideológicas y políticas”. Pero sobre todo, ¿podemos acaso considerar como el rasgo pertinente “esencial” de la determinación de clase de la “nueva pequeña burguesía” el conjunto de las *relaciones sociales internas* de ella, y por consiguiente borrar el hecho de que sólo constituyen el relevo de la *relación social esencial*, la explotación capitalista que unifica y contrapone a estos asalariados, pagados con la mínima parte posible del plusvalor social, al gran capital monopolista, y acerca por ejemplo desde el punto de vista de sus condiciones de existencia, a la masa de los empleados y burócratas al grupo de los obreros calificados? Para retomar la terminología del autor, “el aspecto principal” ¿reside acaso en la “reproducción inducida” (burocracia), relación *interna* que caracterizaría a la nueva pequeña burguesía como lugar de oposición y de sumisión jerárquica, o más bien en la relación *externa* de explotación, que vincula los trabajadores al capital, y que *fundamenta* tales efectos? Es significativo que el autor, quien no insiste sino sobre el primer aspecto y no trata el segundo sino de manera subsidiaria (a propósito de las “transformaciones actuales”) deduce de ello conclusiones bastante restrictivas sobre las condiciones de la alianza entre clase obrera y “nueva pequeña burguesía”.

IV. La pequeña burguesía tradicional

Al llegar a este punto, el autor se impone una nueva tarea teórica: mostrar que la “pequeña burguesía tradicional” (artesanos y pequeños comerciantes) constituye, con las diferentes categorías de asalaria-

dos arriba mencionados una sola clase, esta famosa “pequeña burguesía”. Se puede adivinar cuantas dificultades le esperan.

Podemos señalar de paso que el campesinado, cuyas relaciones de producción se parecen bastante a las de los artesanos, no se incluye en esta clase, como tampoco los médicos, los farmacéuticos y otros trabajadores “independientes”.

El autor caracteriza esta “pequeña burguesía tradicional” por estar “polarizados precisamente respecto de la burguesía y del proletariado” (p. 273). Tal como la burguesía, posee los medios de producción; tal como el proletariado, vive sobre todo de su trabajo. Pero no posee (o muy poco) capital, y su trabajo no está explotado. Dicha posición intermedia la somete a la doble atracción de los dos polos y determina en ella, como ocurre con los “nuevos” pequeñoburgueses, una ideología que expresa esta contradicción. Cualesquiera que sean pues, la diferencia radical de las 1) relaciones de producción que caracterizan los dos subconjuntos de la “pequeña burguesía” —de un lado asalariados productivos o improductivos del capital o del Estado, por otro los independientes inscritos, por lo menos para los artesanos, fuera de las relaciones capitalistas inmediatas— cualquiera que sea la diferencia radical de las 2) “relaciones ideológicas y políticas” con tantos trabajos establecidos, —por un lado “trabajadores intelectuales” que participan por este hecho a la subordinación del proletariado, y por otro categorías sociales que quedan fuera de la división TI/TM—, la unidad esencial de la “pequeña burguesía” se afirmarí en esta polarización idéntica con relación a las dos clases fundamentales, polarización que se expresaría en formas ideológicas comunes.

No podemos dejar de plantear la pregunta, ¿por qué es necesario que dicha (supuesta) comunidad ideológica constituya la condición suficiente de la existencia de una clase, en el sentido propio del término? Esta reducción de la pertenencia de clase a una “comunidad de efectos ideológicos que se traduce en analogías de posiciones” (p. 273) ¿no es contraria a la definición de Lenin, cuyo pensamiento declara seguir el autor, y quien propone una relación común con respecto a los medios de producción, un lugar determinado en el proceso del trabajo, etc. . . ; e igualmente contraria a las proposiciones marxistas fundamentales que evoca la Introducción de la obra de Poulantzas (pp. 17-18)?

¿Porqué habría pues que llevar a la simplicidad de un tercer término (la “pequeña burguesía”) toda una constelación de situaciones económicas e ideologicopolíticas tan diversas? Esto es —parece— debido a los mismos principios empíricos y nominalistas del autor, según el cual “sostener que existen ‘grupos sociales’ externos a las clases, pero en la lucha de clases, no tiene estrictamente sentido alguno” (p. 187). ¿No sería conveniente, sin embargo, reconocer al lado de 1) las clases sociales en el sentido propio del término, definidas por las relaciones de producción y la capacidad de producir los aparatos políticos que las representan, 2) otras categorías, productos y actores de la lucha de clases, pero sin el peso, la homogeneidad y las perspectivas de hegemonía indispensables a una práctica social de clase totalmente consecuente? El concepto de clase, lejos de ser un simple instrumento de repartición de la sociedad en clases, permite así pensar a la vez en lo que corresponde y lo que no corresponde a una práctica de clase absolutamente constituida. Basándose, el autor en el princi-

pio, para él evidente, de que la lucha de clases es exclusivamente asunto de clases constituidas, así cada categoría social está obligada a pertenecer a alguna clase. Hace falta pues una clase que reúna todo lo que no es ni proletariado ni burguesía. Hace falta una “grande” pequeña burguesía. Tal parece ser la lógica subyacente de su exposición.

Se podrá ver que dicho proyecto necesariamente se vuelve contra él. Pero examinemos primero el contenido de esta comunidad ideológica de la “pequeña burguesía”. Con respecto a la “nueva pequeña burguesía”, el autor nota (p. 269) “un aspecto ideológico anticapitalista pero que se inclina vivamente hacia las ilusiones reformistas”, un apoyo a las jerarquías, reivindicaciones de gestión (incluso autogestionarias tecnocráticas), valores de orden y de disciplina, fe en la escuela igualitarista y en su “democratización”, una creencia en el Estado como fuerza neutra (¿acaso no están sus aparatos, dice el autor, situados “del lado del trabajo intelectual”, consagrando la “jerarquía y la autoridad burocratizada” tan apreciada por los nuevos pequeñoburgueses? p. 271) y por último una tendencia hacia la revuelta ultraizquierdista. En cuanto a la “pequeña burguesía tradicional”: oposición a los “grandes”, igualitarismo corporatista, mito análogo del puente, pero a través del éxito profesional y no a través de la escuela, esperanza depositada en un Estado neutro, fuerte, jacobino, propensión a la revuelta violenta.

A este nivel de generalidad, se pueden evidentemente notar convergencias. Sin embargo los empleados y burócratas por una parte y los pequeños comerciantes por otra, por ejemplo, presentan ideologías y prácticas políticas netamente divergentes, como se puede ver a través del análisis banal

de los estatutos de sus organizaciones profesionales o de sus comportamientos electorales. "La aproximación concreta" propuesta por el autor, cuadro ideal-típico de los "efectos ideológicos de una situación de polarización" aparece como una abstracción economista, construida fuera de cualquier referencia a la historia concreta, a las luchas políticas dentro de las cuales se constituyeron varias organizaciones y que contribuyeron a forjar ideologías categoriales en relaciones complejas de alianza con otras fuerzas sociales, sobre todo con la clase obrera.

No nos sorprenderá entonces que siguiendo una lógica inversa pero complementaria el autor

aboga luego a favor de una división esencial de la pequeña burguesía. Puesto que no hay tercera vía posible, explica, "existen 'partes' de la pequeña burguesía que adoptan la posición de clase burguesa, y 'partes' que adoptan la posición de clase proletaria" (p. 277). En otros términos, la unidad de los diferentes grupos, aparentemente bastante heterogéneos, de la pequeña burguesía, se basa sobre su tendencia común, estrictamente determinada, de dividirse en partes que toman posiciones opuestas en la lucha de clases. Es, en resumen, la unidad de clase realizada a través de las divisiones en la lucha de clases. 